

REFLEXIONES...

1

Las Calles, Traslasierra.



Sentado en la galería, observo frente a mí y casi al alcance de la mano, como un cuadro tridimensional suspendido entre el cielo y la tierra, el despliegue panorámico de las montañas de Traslasierra. A la izquierda, atravesando las líneas de rocas y barrancos se destaca una cinta marrón, es la trepada desafiante del camino de las altas cumbres. Al frente y hacia la derecha, abriéndose y bajando hacia el valle se vislumbran los incontables pliegues, hondonadas y cauces secos, todos de formas, juegos de luces y sombras, anchos y profundidades diferentes. Hacia el Sur, como dientes gastados de una imponente sierra vieja y desafilada por interminables batallas, los picos orgullosos que compiten entre sí aspirando ser cada uno un poco más alto que el anterior hasta que, a medida que se van alejando, vuelven a agacharse sumisos y derrotados ante la proximidad del majestuoso pero aún invisible Champaquí.

A mis espaldas, el reflejo del sol de un atardecer con promesas de encanto y magia comienza a posarse sobre ellas con sincera ternura mezclada con un toque de lujuria, y una vez poseídas las adorna amorosamente con tonalidades sorprendentes, gamas de gris plateado o plomizo, de rosa, dorados pálidos, naranja, rojos excitantes, a veces con la maravilla del violeta o de un morado inverosímiles. Arriba, algunas nubes insolentes se asoman curiosas, tal vez para acariciar el cielo de color azul cordobés o con el deseo de jugar a las escondidas con las rocas de las cumbres, mientras no sé de donde ni desde cuando aparecen aquí y allá otras, más y más, que tímida y respetuosamente apenas dejan entrever que ocultan detrás de ellas, cielo o montaña. Luego,

hinchándose y uniéndose entre sí, según quieran ser velo, sombrero o túnica, se posan de mil maneras sobre las cumbres con evidentes pretensiones de dominio sobre todo el universo tendido a sus pies. En los amaneceres de invierno, nubes blancas como la nieve, tenues, con recato y prudencia virginal comienzan a bajar hasta el valle y expandiéndose lentamente, cubren los relieves y profundidades de los pliegues, se diluyen paulatinamente anhelando la transparencia, hasta desintegrarse imperceptiblemente y convertirse en nada. En verano en cambio, grandes manojos de nubes prepotentes, hostiles y soberbias hacen retroceder al cielo y a la montaña, y uniéndose en una masa compacta e invasora se organizan en un manto grueso manchado de grises y negro, impenetrable, amenazador, denso y asfixiante como una avalancha detenida que, al fundirse con los elementos desencadenados deciden precipitarse sobre el paisaje en el éxtasis de una pasión desenfrenada. Es un derrumbe apocalíptico de lluvia diluviana, ráfagas de vientos invencibles, truenos, rayos y relámpagos alucinantes que aunque saturados, nunca pueden saciar su hambre de poder.

Montañas de Traslasierra, regalo espléndido y generoso para los ojos y el espíritu. Obra de arte perfecta que, siendo siempre la misma, en sus detalles de colores, luces y sombras, movimientos producidos por el cotidiano vivir, la naturaleza y el paso del tiempo, posee la virtud de darse el lujo de mostrarse día a día diferente y renovada.

Obra de arte vencedora del caos, obra de arte perfecta que refuta y destruye a lo que conocemos y calificamos como desorden. „*Quién puede afirmar que las piedras del camino están desordenadas?*” Algo así escribió el sabio Antoine de Saint Exupéry. La naturaleza es orden, el desorden no es más que el resultado de la inteligencia y de la mano del hombre sometidas ambas por su soberbia.

Montañas de Traslasierra, obra de arte sin defectos en la que todo palpita y vive según las reglas de una ley universal desconocida, que a su vez respeta la libertad de cada manifestación que la compone para que viva y palpite según sus propias leyes y reglas,

Roca, piedra o guijarro, nube, tierra, arena o agua, árbol, planta o brizna de hierba, insectos minúsculos o animales de diversos tamaños, sol, nubes, luna y estrellas, todos ellos, ocupando su propio lugar en el espacio y en el tiempo asignado desde su creación, obedecen fielmente a esta misteriosa ley universal y, a la vez, también se dejan guiar por sus propias leyes y reglas de nacimiento, desintegración y fusión, vuelta a renacer. En el camino hacia su destino, todos los protagonistas de la obra de arte viviente interactúan entre sí aportando cada uno lo suyo al conjunto, así como el conjunto también interactúa con otros no visibles contribuyendo a un total inimaginablemente mayor de lo que el ser humano puede concebir: el Infinito. La obra de arte presidida majestuosamente y desde lo alto por las montañas, silenciosamente y sin alardes inútiles, impregnada de un orden perfecto, rebosante de dinamismo y de energía vital ocultos a nuestros

ojos, sin detenerse nunca continúa su eterno camino que, por ser tan lento y seguro de sí mismo, parecería inamovible e inmutable, engañosamente estático.

Miro las montañas de Traslasierra al atardecer sin poder de colmarme con esta obra de arte perfecta que algunos podrán atribuir a „algo” que llaman casualidad, vida, energía vital, simplemente naturaleza o de otras tantas maneras de originalidad tan presuntuosa como artificial. Pero yo no puedo más que entrever entre bambalinas la mano invisible de „Alguien”, del verdadero Artista. De aquel que desde el principio y hasta más allá del final de los tiempos no se cansa de crear bellezas... tal vez con el único fin de deleitarnos con su infinita sabiduría, amor y buen gusto.

Y para que podamos alabarlo eternamente por su inmensa gloria.

José Luis